

El chico de los audífonos

Adaly Betza Arcia Ruíz



Capítulo 1

El chico de los audífonos.

Capítulo 1: ¿Me odiará? ¿Por qué?

Sin duda alguna soy una pésima acosadora, pero que «acosar» en secreto al chico que me gusta sea más difícil que mi tarea de matemáticas, en serio tengo serios problemas.

¿Por qué era tan cerrado? Así se me hacía imposible conocerlo, ya fue suficiente con su indiferencia como para soportar estar enamorada de un «extraño relativo». Yo conocía todo lo básico, como lo que le damos a conocer a los demás, lo principal, la mayoría, tal vez, pero no lo suficiente para mí, a como una persona me conoce realmente, desconocía cuántas personas lo conocían de verdad a él, y yo deseaba ser una de esas personas.

No me importaba si lo que descubriría era bueno o malo, aburrido o interesante, mi corazón se enamoró de su alma, y a veces cuando se está enamorada, una parte del cerebro llamada «razón» se apaga en algún momento conciso, antes de abrir los ojos a su triste realidad, aunque tampoco hay que dejarse llevar del todo, por lo menos se debe ser buenos observadores, yo aprendí a serlo con él.

Flechada desde los trece, bueno, hay que ser sinceros, desde que lo conocí y en todo ese tiempo me bastó para saber que NO fue un capricho—muy claro lo tenía—, el amor que sentía por él—por más que me doliera admitirlo—era verdadero. ¿Me estuve engañando a mí misma? Pero... ¿Por qué? Era capaz de hacerlo en otras cosas, sin embargo, cuando se trata de amor nunca lo hice, ya que con el amor no se juega, y el estar enamorada de una única persona en toda tu existencia lo confirmaba, y por todo eso siempre pensaba que era estúpida.

¿Por qué seguí enamorada de él? Bueno, la respuesta a eso: lo intenté y no había llegado alguien al quién pudiera entregarle los restos de mi corazón roto. Roto en mil pedazos, una y otra vez, a pesar que seguía en pie, no tenía idea del cómo le hacía para no derrumbarme y caer frente a todos.

Estar enamorada se considera de lo más lindo, pero no lo es cuando tienes el corazón rebanado en mil trocitos, ¿Por qué nos enamoramos de un amor no correspondido? Por lástima propia no tenía respuesta verificada científicamente a esa pregunta, lo único que podía decir era que los humanos siempre deseamos lo inalcanzable, hasta obsesionarse con eso, nos atrae lo difícil para encontrarle una fácil solución, pero las cosas no son siempre de ese modo y allí aparece el sentimiento de dolor,

tristeza, por un amor imposible.

¿Verlo todos los días era lo más doloroso y por eso no fui capaz de olvidarle? No, lo más doloroso era su indiferencia, además de que no me dejaba intentarlo. No me daba una oportunidad. Jamás lo hizo.

Malditos audífonos.

—¡Hey!, nena, ¿Me estás prestando atención? —preguntó Danny Borah, sacándome de mis pensamientos y haciendo que apartara mi vista del chico con audífonos, aún mientras comía los tenía puesto, nunca se los quitaba.

—Lo siento, ¿Qué dijiste? —respondí viéndolo a sus ojos azules con una falsa sonrisa. Tan sencillo se me había vuelto fingir, como si fuera parte de mí y no pudiera controlarlo al antojo.

—Es tu hora de actuar como distraída, Mads —comentó Andrea Williams, mi «mejor amiga» sentada enfrente a nosotros, viéndome con sus ojos café claro, muy hermosos.

—¿Adónde quedaste viendo? —preguntó Verónica Stewart, mi otra «mejor amiga», con una mirada curiosa reflejada en sus ojos café oscuro.

—Ridículo, ¿Qué tiene que por una vez en su vida no le ponga atención a Dan? —intervino Alex Winter, capitán del equipo de fútbol y mejor amigo de Danny, con diversión en sus ojos azules.

—Todo lo hacen grande. —Se quejó mi hermano Scott, teníamos el mismo color de ojos, verde pistacho, y poseíamos el mismo tono de cabello: Castaño oscuro, el parecido era inmenso al ser mellizos, pero lógico que en versión mujer y hombre, él era más alto que yo, y eso que yo era muy alta.

—Nunca se callan —susurró Dylan Stubbs, mi mejor amigo desde que tenía memoria y capitán del equipo de natación. Puso sus ojos color miel en blanco cuando guardó el libro que leía con anterioridad, era el único del grupo que estaba interesado por la lectura y los demás se la pasaron un tiempo criticando eso, ya que, si no fuera por mí que lo defendí, supongo que él ya se hubiera salido del gran grupo que conformaban «los populares».

—¿De qué hablan? —preguntó Jenny Winter, hermana menor de Alex, algo perdida en la conversación. Pero claro... ¿Quién no se ha perdido en una conversación grupal alguna vez?

—Siempre perdida, Jenny, despégate de ese teléfono —dijo Kelly Grant

con tono bromista, era la novia de Alex.

—¿Por qué no hablas de una vez por todas, Dan? —Se quejó Kyle Oswald, mejor amigo de mi hermano, la desesperación se vio reflejada en sus ojos café.

—Que si crees que me darán el papel principal en la obra —respondió por fin Danny, con una bella sonrisa. Ciertamente, ese día darían a conocer a los actores de la obra de teatro de ese año y habíamos audicionado para los papeles principales, yo no dudé que Danny hubiera conseguido el papel principal porque siempre lo obtenía.

Como el chico más popular de la escuela, siempre obtenía todo lo que quería.

—No lo dudo, serás el Romeo más guapo y talentoso —comenté. Él era muy guapo, altísimo, cabello negro, ojos azules, algo musculoso, hombros anchos, además de ser el capitán del equipo de voleibol que siempre participaba en todas las obras de teatro siendo un excelente actor.

—Maddie lleva la razón, excepto en la parte de guapo —aportó Mia Gedemer, novia de mi hermano, con arrogancia en sus ojos azules. Sin importar que fuese la prima de Chad, teníamos una bonita amistad.

—Sean más modestos —opinó Jessica Bell, otra de mis amigas, tomando un batido de frutas con «elegancia», como todos sus gestos. Para mí era un intento cutre de parecer elegante, pero como ella era muy arrogante y temperamental, solo los valientes como yo eran capaces de llevarle la contraria y decírselo en su cara.

A veces me preguntaba si en verdad algunos eran mis amigos.

—Y tú serás la Julieta más hermosa y deslumbrante. —Danny sonrió con arrogancia y posó su mano en mi cintura, para luego besarme castamente. Él y yo éramos novios desde hace un año, pero nuestra relación era por apariencia y popularidad, siendo los más populares de toda la escuela Wenwich, era de esperarse, CLARO que lo quería, y mucho, aunque nuestra relación pareciera perfecta ante todo el mundo, en la realidad era que estaba lejos de llegar a serla. Además, yo estaba enamorada de otro desde que tuve uso de razón, y aunque no sea de creerse, en verdad me sentía mal por engañarle al decirle que lo amaba, sí, lo sabía, era una completa idiota.

La obra de ese año sería «Romeo y Julieta», era la obra más importante que haría mi grado, en donde llegaría un gran público, representantes de universidades e instituciones de actuación, haciendo que Danny se pusiera

nervioso en algo.

—Ni lo dudes, eres perfecta para el papel, Mad —comentó Dylan con una sonrisa tímida, bien, había dejado su libro y estaba integrándose en la conversación. Perfecto.

—No lo creo —dije encogiéndome de hombros y bebiendo de mi jugo Tampico.

—¿Desde cuando eres tan modesta? —preguntó Alex con sarcasmo y tono aburrido.

—Tu comentario no me hizo gracia —repliqué levantándome del regazo de Danny y sentándome en mi silla a su lado.

—Pero no te enojés —replicó rodando los ojos.

—No estoy enojada —respondí tomando una manzana de mi bandeja del almuerzo. Ese día tenía que comer solo frutas, y odiaba tal dieta, detestaba limitarme en la comida cuando esta era de lo más maravilloso del mundo.

—Concuerdo contigo, Mads —Intervino Mia—. Tu tono es normal.

—Gracias —le dije a ella.

—Tu siempre estás de su lado, Mia, ¿Cuándo no lo estarás? —argumentó Jessi.

—Cambiemos de tema —propuso Scott. Sí, era lo mejor.

—Las nacionales están cerca —recordó Alex mientras se recostaba en su asiento y cruzaba de brazos.

—Oh, no hablen de deporte, porfa, es tan aburrido —dijo Verónica frunciendo el ceño.

—Es más aburrido hablar de compras —contestó Kyle.

—No te metas con las compras. —Le advirtió Mia.

—Ir de compras es todo un ejercicio —comenté. Por más que sonara superficial o no, andar caminando por todo el centro comercial buscando ropa debería ser un deporte, era divertido, pero cuando andas de tacos se vuelve agotador.

—¡Exacto! —gritó Kelly con más emoción de lo requerido, sí, la nena era

bien exagerada en todo.

Nadie respondió a eso porque tocó la campana, haciendo que nos despidiéramos al levantarnos para ir a nuestras respectivas clases.

Antes de entrar al salón pasé por mi casillero, junto con Andrea porque teníamos Historia juntas, sin embargo, de camino al aula mientras revisaba mi teléfono, no me fijé y choqué con alguien, provocando que cayéramos los dos.

—¿Qué no ves por dónde caminas, estúpida? —La voz de Chad Gedemer hizo que me quedara sin aliento, sus palabras gotearon odio e irritación, pero no por eso me quedé sin respiración (¿iQuién lo haría!?), sino que era la primera vez en once años que me dirigió la palabra.

—Idiota, bien pudiste esquivarme. —Le respondí recogiendo mis papeles y aparentando no estar afectada, porque por dentro me morí lentamente. Él jamás me había hablado, ni respondido cuando yo le hablé. Vivía en la casa de al lado desde que teníamos siete años y nuestras familias eran muy amigas, pero ni así, él siempre me ignoró.

Pasaron once años. Nunca me habló. Nunca tuvimos una conversación, ni pequeña, ni grande, nada. Por más que yo intentara, a él le encantaba evitarme. Ni cuando lo invitaba a mis cumpleaños. Ni para decirme feliz cumpleaños o cuando yo le felicitaba, no decía ni una sola palabra, ni siquiera «gracias», es decir, no era educado conmigo cuando se refiere a estar en la misma habitación y que sus padres le presionase para hablarme. Ni cuando nos asignaron trabajos juntos—siempre resultaba saliéndose del grupo—, tampoco cuando compartimos pupitre, menos en internet (Aunque me sorprendió cuando acepto la solicitud de amistad). El mundo nos daba tantas oportunidades para hablarnos, por ejemplo, cuando nuestras familias se reunían, le trataba de hablar, pero él hizo como si yo no existiera.

¿Será qué me odiaba? ¿Por qué?

Cero conversaciones.

Cero palabras.

Y lo crea o no, me dolía mucho su indiferencia. Ejemplo que siempre pasó: Yo estaba con una amiga, compañera de clase o quien sea, él/ella le hablaba y él... respondía, pero si yo participaba en la conversación, se callaba y se iba. Él no era muy social, no estaba en la base, ni en la cúspide. Ese hecho me extrañaba mucho, porque era muy guapo, y tampoco las chicas le perseguían, cosa que yo agradecía ya que no tenía

buitres alrededor, y no era que fuera feo.

Él era tremendamente hermoso de una manera puramente masculina. Muy alto, cabello castaño claro, unos bellos ojos verdes que cambian un poco de tono según su estado de ánimo o la iluminación, hombros no tan anchos, pómulos altos, delgado, poseedor de unos labios carnosos y un rostro expresivo. Tenía un abdomen plano y casi perfecto, pues era un campeón de natación, algo marginado. Su círculo de amigos rondaba por los cuatro o más. Pero me quejaba de que siempre me ignoraba por una razón:

Estoy perdidamente enamorada de él.

Por lo cual, me rompió el corazón el simple hecho de que me odiara sin saber la razón.

Puedo fingir que estoy bien, pero no lo estoy. Él es mi perdición.

Y siempre que le dirigí la palabra (Lo que es muy escaso por dos razones, uno: Mis nervios, dos: Mi orgullo y dignidad, ya que no me gustaba rogar y ni estaba segura de perder mi dignidad insistiéndole a alguien que no me hace caso o no me valora) se puso los audífonos, a veces al instante que pronuncié una sílaba. Siempre usaba esos audífonos, nunca se los quitó, ni cuando no escucha música, siempre están en su cuello, y si no usa los grandes, usa los pequeños. O de diferentes colores.

Van once años que lo conozco, vive al lado, nuestras ventanas casi en frente...

Y cuando por primera vez, en mi toda mi existencia, las primeras palabras que me dirigió, fueron:

«¿Qué no ves por dónde caminas, estúpida?».

¿Inolvidable?

No lo creo.

La decepción y la sensación de un corazón roto me inundaron.

—Lo que digas —replicó irritado, como si no soportara verme, se puso los audífonos al levantarse con sus papeles desordenados y se fue.

Lo quedé viendo como una boba, sentía a mi corazón latir tan rápido que creí que se saldría de mi pecho, mis manos estaban heladas y esa estúpida sensación en el estómago apareció.

Sentí los dedos de Andrea con unas perfectas uñas chasqueando en mi cara. —¡Mads!... ¡Maddie!

—¿Qué? —pregunté algo aturdida, mientras me levantaba del suelo, tras haber recogido mis papeles y celular.

—¿Qué pasó? ¿De qué me perdí? ¿Por qué ese tipo se portó peor que yo con respecto a ser una perra, precisamente contigo? —cuestionó. Tenía razón, Andrea era capaz de una perra sin corazón cuando deseaba, y el tono de Chad fue más hiriente.

—Es un imbécil —contesté con un tono de fingido enojo. No creía que lo fuera del todo, pero tampoco me dejaría intimidar, mucho menos ante mis amigos—. Se nos hace tarde —agregué, acelerando el paso para olvidarnos del tema.

—¿Irás a la fiesta de Max? —preguntó ella cuando nos sentamos en nuestros pupitres correspondientes.

—Tu duda está demás si sabes la respuesta obvia —repuse, Max Stwitter hacía las mejores fiestas de toda la escuela, una vez al mes en un fin de semana sus padres lo dejaban hacerlas, tan alocadas, divertidas e inolvidables, y me extrañaba la pregunta de Andrea, pues él estaba en nuestro círculo de amigos íntimos, solo que ese jueves no almorzó con nosotros por una clase extra de béisbol.

—Es que no se si iré, mis abuelos llegarán esta semana —comentó con tristeza.

—Primero: ¡Alégrate! Ni que fuera tan malo, me gustaría haber conocido a mis abuelos, pero bueno, el destino es así, segundo: Es sólo una noche, no notarán tu ausencia. —Moví mi cabello hacia atrás y nos callamos cuando llegó el profesor.

—Perfecto, clase, saquen vuestra tarea, pasará por vuestros pupitres para recibirla, ¿Vale? —dijo el profesor López, tenía un acento español muy marcado.

Cuando buscaba en mi revoltijo de papeles que me dejó la caída, no encontré mi tarea de historia, pero sí un retrato en carboncillo.

Mi pecho se hinchó tanto que me quedé sin aliento, el dibujo era tan hermoso, y no porque salía yo, sino porque estaba muy bien hecho, parecía creado por un artista profesional al ser un retrato exactamente igual a mí, y no podía creérmelo, ¿Pensar la posibilidad de que fuera de Chad? Sin lugar a dudas él tenía muchísimo talento, sin embargo, ¿Qué me haya dibujado a mí? No me lo podía creer, era imposible, y mi cerebro

no halló la lógica.

—Adkins, ¿Me permite su tarea, por favor? —dijo el profesor, extendiendo la pila de papeles, al parecer vio el dibujo en mi mano, porque preguntó:
—¿De quién es esa obra de arte? ¿Es suyo?

—No, yo no lo hice, no sé quién fue, buscaba mi tarea y apareció esto
—expliqué sin apartar mi vista del dibujo.

—Es muy bello para ser un dibujo... ¿Su tarea? —insistió.

—Creo que lo confundí con este dibujo cuando choqué con alguien
—respondí, mordiéndome el labio inferior.

—Mmm, intercámbiela con su dueño y la trae después del próximo descanso, ¿Vale? —replicó, se movió sin esperar mi respuesta. Empezó la clase, y mi mente estaba en otra parte.

¿Chad dibujó un retrato mío? ¿Por qué?

¿O lo confundí con alguien más? Pero... ¿Cómo? ¿Si mi tarea de historia no apareció después que choqué con él y revolvimos nuestros documentos?

¿Por qué la vida es tan perra?